

## El Humanismo: aspectos filosóficos

---

AN Dr. Patrick Wagner Grau

---

El término humanismo, así como su concepto, fue introducido en el siglo XVI, en Italia, en plena época renacentista. Aludió, esencialmente, a dos concepciones básicas: en primer lugar, a la centralidad del ser humano y, en segundo, término, al estudio, análisis e interpretación de las denominadas humanidades o letras (*litterae*, en latín), considerando que es la lectura, lección o *lectio*, una actividad exclusiva del hombre, que contribuye de modo importante al perfeccionamiento de su espíritu. Se trata así de una actividad espiritual, que eleva y perfecciona la condición humana. Por otro lado, se consideró a la cultura como la actividad de cultivo del espíritu humano con el fin de alcanzar lo universal trascendente, el *transcendere* o el atravesar el propio ser, para elevarse a una dimensión superior, definitiva e irreversible, justamente gracias al mejor y más acabado cultivo de las *litterae*.

Es conocido que, en el Renacimiento, el ideal a alcanzar fue la *Paideia*, vale decir, la gran cultura helénica, y del mismo modo, la grecolatina, al considerar también los aportes de la cultura romana.

Otro de los aspectos esenciales del humanismo lo constituyó la relación del hombre con su entorno, con el medio ambiente que lo rodea, lo que el pensamiento filosófico cristiano denominó mundo (de *imundus* = limpio), como veremos más adelante.

El precursor, en tal sentido, fue indudablemente, Aristóteles, el Estagirita, que fue quien consideró al ser humano como telós o fin, al afirmar, en su libro "Sobre la Naturaleza", que todo lo que existe en el cosmos está orientado o dirigido al hombre y puesto al servicio de él. El ser humano es el fin de toda naturaleza, que crea las mejores condiciones para que el hombre se sienta pleno y alcance su máximo bienestar. Reproducimos un fragmento del Estagirita: "La naturaleza entera se humaniza y tiende hacia el hombre: ella ha creado las nalgas o posaderas para descansar, pues los animales pueden permanecer de pie sin cansarse; el hombre necesita, empero, una superficie cómoda de asiento". (*Cosmología*, Libro VII).

Se trata de la humanización de la naturaleza, concepto que será más tarde asumido por el pensamiento cristiano y que alcanzará, en el siglo XX, su máxima expresión en la reflexión científico personalista del paleontólogo, filósofo y teólogo francés Pierre Teilhard de Chardin (1881-1955).

El ideal máximo, en el Renacimiento, fue el de la belleza y la consideración que sólo el hombre es capaz de sentirla, apreciarla y manifestarla. La belleza clásica es en efecto, creada por el artista humano y se halla al servicio exclusivo del hombre y de la humanidad. Es de esta manera, la belleza –física y espiritual– la máxima expresión, la más sublime y alta del espíritu.

El humanismo cristiano se desarrolló en los primeros siglos de nuestra era, en gran parte, gracias al genio de Aurelio Agustín o Agustín de Hipona (354-430 A.C). Con él nace, en realidad, el concepto de persona (del latín = personare es decir, resonar) y la idea que el hombre, que es persona, es el ser que ilumina su entorno, surgiendo así la noción de mundo (mundus = limpio).

La persona crea su mundo tanto externo a él como dentro de él, vale decir, un entorno limpio, ordenado y armónico. De esta manera, los conceptos de persona y mundo están íntimamente relacionados y son inseparables. Pero el mundo interior de la persona es misterioso o inaccesible; resulta imposible conocerlo en toda su profundidad.

Esta noción agustiniana del misterio de la persona no es nueva. Fue ya propuesta en el siglo VI a. C. por el gran filósofo presocrático Heráclito de Efeso: "Nunca llegarás al fondo insondable del hombre, pues profundos y desconocidos son sus caminos". (Fragmento 67, Diels).

Ya en la época moderna, el filósofo alemán Emmanuel Kant (1724-1804), en una de sus obras más importantes "Crítica de la Razón Práctica", insistió en la noción de persona como único fin, fin en sí mismo no instrumento para cualquier otro fin que no sea ella (la persona): "el ser humano es el único fin y jamás un medio para lograr otro fin que no sea él mismo".

Lo verdaderamente inmoral, sigue expresando Kant, es utilizar a las personas como medios y/o considerar a los medios como verdaderos fines.

De los conceptos de Kant, surgen estas importantes consecuencias: la persona no tiene precio, tiene valor. La persona es siempre valiosa, nunca preciosa. Las cosas u objetos son preciosos pues ellos sí tienen precio, pero no son en sí valiosos.

La ciencia, la técnica, lo económico, lo social son importantes medios para el único fin válido cual es

el bienestar o "felicidad" de la persona. Por todo lo anterior, el deber de la Ética es cuidar de la persona.

Encontramos así en la filosofía kantiana, un antecedente del posterior humanismo personalista del siglo XX. Ya en el siglo XIX, encontramos la angustiada reacción contra el idealismo abstracto y lógico, de un pensador rebelde, Sóren Kierkegaard (1813-1855), el filósofo de Copenhague. Kierkegaard se rebela contra la masa humana, anonadante y deshumanizante. Escribe en su "Tratado de la desesperación": "la masa humana es algo demoníaco y pecaminoso. Para la masa es verdadero lo que ha votado la mayoría. Le falta a ella – a la masa todo sentido de moralidad. Azuza para el crimen y cuando éste se ha cometido, se retira cobardemente. La masa consta de los individuos en aquellos momentos en que son nada. Por eso se aprietan entre sí para ser, como masa o público, algo. La masa es soledad, anonimato y abstracto vacío. La masa es deshumanizante y empobrecedora. La masa humana es la verdadera causa o razón de la angustia de la existencia". Todo verdadero humanismo deberá, por ende, oponerse frontalmente a esta masa deshumanizante.

El pensamiento axiológico surge en el siglo XX, en buena parte, gracias a la filosofía de Federico Nietzsche quien planteó la necesidad de la transmutación o inversión de la tabla de valores de la sociedad occidental, intoxicada por los valores del cristianismo y del socialismo, que este filósofo denominó "valores de muerte" o contrarios a la vida. Para Nietzsche, los valores supremos son los valores de la vida: la fuerza, la dominación, la crueldad, el poder, el progreso, el avance en todo sentido.

Con Nietzsche, por tanto, se le otorga importancia fundamental a los valores, representados por los valores vitales, creando este pensador una verdadera axiología vitalista.

Es el filósofo alemán Max Scheler (1874 – 1928), el principal representante de la axiología

contemporánea. Es él verdadero creador del objetivismo axiológico. Para Scheler, los valores son objetivos, no creados por el hombre; se hallan fuera del espíritu humano, que los capta, los conoce, los asume y los pone en práctica, revalorándolos. Descarta así nuestro autor, cualquier forma de subjetivismo axiológico. En base a los valores, fundamenta Scheler un pensamiento personalista axiológico de gran influencia en la filosofía contemporánea.

La captación de los valores, enseña Scheler, se realiza a través de la emoción -por vía emocional- por un sentimiento dirigido o intencional. El conocimiento axiológico o intuición del valor, no podría darse por la sola inteligencia o razón. Se requiere ese sentimiento intencional dirigido a la captación del valor.

El ejemplo clásico de nuestro filósofo es expresado así: sólo si nos emocionamos ante una obra de arte, un atardecer o un amanecer, seremos capaces de captar el valor belleza que contemplamos en esos "objetos".

El valor es conocido de forma inmediata antes del conocimiento del objeto que lo expresa (intuición inmediata).

El otro aporte de Max Scheler a la filosofía axiológica dice relación con la delimitación conceptual que el filósofo hace acerca del bien, los objetivos y los fines: un bien, según Scheler, es un objeto valioso (objeto + valor), siendo el valor independiente del objeto, pues su existencia no depende del mismo (apriorismo axiológico). El fin es una meta que se quiere alcanzar. Pero, el fin en sí no es bueno ni malo. Por tanto, los valores no pueden extraerse de los fines, los valores se hallan antes de los fines, son anteriores a éstos: se hallan en los objetivos, que son los medios o caminos necesarios para alcanzar el fin.

Los valores sustentan a los objetivos. Mientras que los fines, en tanto metas, pueden ser representados

o imaginados, los objetivos en tantas tendencias o medios, no son representables, al tratarse de orientaciones hacia las metas.

Son, pues los valores, que se hallan en la base de los objetivos, los que "contaminan" al fin y lo vuelven valioso o no. Los valores son así siempre previos a los fines. Scheler ilustra este concepto con un par de ejemplos gráficos: si mi meta o fin es llegar a ser profesional, el llegar a serlo no es ni bueno ni malo, simplemente es. Si he estudiado con ahínco para lograr ese fin (objetivo o medios valiosos), el ser profesional es una meta representable buena, pero si para lograr el fin propuesto, me he dedicado a hacer trampa, a copiar o a comprar exámenes, la meta final, es indudablemente mala o negativa. Por otro lado, si mi fin es llegar a un punto, desplazándome a pie, dicha meta es indiferente, ni buena ni mala. Pero, si soy paralítico y me cuesta infinitamente caminar, el llegar a esa meta representable se convierte en buena por los valores de esfuerzo, paciencia y constancia que he debido desplegar. Pero, si durante mi caminata he repartido puntapiés y codazos a otros para alcanzar esa meta, el fin, indudablemente se convierte en malo o no valioso.

De este modo, propone Scheler un cambio del paradigma maquiavélico clásico que reza: "El fin justifica los medios" y propone reemplazarlo por este otro: "Los medios justifican el fin".

Además de Max Scheler, el Humanismo en el siglo XX ha tenido otros destacados representantes, que podríamos clasificar como un pensamiento humanista existencial, cuyo principal representante es el filósofo alemán Martin Heidegger (1889 – 1976) y un humanismo cristiano propio de la filosofía francesa contemporánea cuyos cultores más sobresalientes son Emmanuel Mounier (1905-1950) y Maurice Blondel (1861-1949). Heidegger plantea la existencia como una trascendencia desde la nada y hacia la nada (no-ser). "Somos para no ser", pues somos "seres para la muerte" ("Zum Tode

Sein"). De ahí, es la angustia existencial ("Angst"), consustancial a la existencia. La transcendencia humana se realiza hacia el mundo (la Existencia) y hacia los demás seres (los existentes), en un encuentro existencial que permite la iluminación de las existencias. "Mi existencia ilumina a la existencia de los otros como la de ellos ilumina mi propia existencia". Esto sólo es posible en el ser humano, que se convierte en el "pastor y la cabaña" del ser en general. Ello significa que el hombre es quien cuida, protege y aloja al ser, permitiendo su existencia y sus manifestaciones existenciales.

El otro gran aporte de Heidegger es su concepto de existencias inauténticas y auténticas y la presencia en estas últimas de la famosa expresión de la "SORGE".

Para Heidegger, la mayoría de las existencias humanas son inauténticas, se sumergen en la masa anonadante o aniquilante que describiera Kierkegaard. Se trata de existencias impersonales y anónimas, que no dejan huella alguna, es "como si no hubieran existido". Su paso por la Existencia es intrascendente al no enriquecer o elevar para nada el nivel de la Existencia.

Al ser anónimos ni siquiera son seres y menos individuos de la Existencia: se confunden con la masa que se expresa por ellos. Es el "man" o el "se" heideggeriano: "se dice, se comenta, se cuenta, se piensa" ¿quién dice, comenta, cuenta o piensa?. Todos y nadie a la vez. Por ello, los seres de existencia inauténtica, al morir o desaparecer, no dejan ningún rastro: son existencias frustradas que pudieran no haber sido.

Por otro lado, las existencias auténticas, que son excepcionales, dejan una huella imperecedera: son existencias inmortales, que logran elevar y enriquecer el nivel de la Existencia. Morirán físicamente, pero su rastro es indeleble y permanecen por siempre.

Se trata de existencias personales de individuos sobresalientes, de presencia e influencias intemporales. Nadie podrá, por ejemplo, afirmar: en la Grecia clásica se dijo: "sólo sé que nada sé" o "conócete a ti mismo". Todos saben quién lo afirmó, el gran Sócrates, hace 20 siglos, se (alguien) ordenó: "Ama a tu prójimo como a ti mismo". o, por último, en el siglo XX, se descubrió la Teoría de la Relatividad y en el siglo XIX, se elaboró la Teoría del Superhombre

Esos "se" son absurdos, pues todos conocemos quiénes son los autores inmortales de todos estos aportes sobresalientes, que han elevado y enriquecido el nivel de la Existencia.

¿Qué diferencia, entonces, la existencia inauténtica de la auténtica? Según Heidegger, una creación única del espíritu humano, que él llamó la "SORGE", nombre alemán intraducible que ha sido expresado con los vocablos en español de cuidado, inquietud, disposición, preocupación. Todos ellos, términos aproximados, que no revelan la profundidad del término heideggeriano. La Sorge vendría a ser la plena asunción de la angustia existencial y su conversión total en creatividad a favor de la Existencia.

Por sus conceptos de existencias inauténtica y auténtica, se ha afirmado que Heidegger "se mueve con el mundo de Kierkegaard con los elementos de Nietzsche y en el mundo de Nietzsche en los elementos de Kierkegaard".

Emmanuel Mounier y Maurice Blondel, representan la corriente francesa de un humanismo personalista espiritualista fundamentado en la filosofía cristiana. Es una vuelta hacia la noción del ser humano como persona espiritual, siendo el espíritu la característica esencial de la persona y lo que realmente lo hace valioso y trascendente.

En tal sentido, la verdadera humanización consiste en impregnar de valores espirituales el recinto en el que se desempeña y actúa el ser humano en cuanto es persona. Ese recinto es su morada, su ethos: de ahí, la absoluta necesidad de la ética, consustancial a la esencia de la persona.

La deshumanización es la des-impregnación o la no impregnación de los valores éticos espirituales.

De ello resulta necesariamente una sociedad deshumanizada y deshumanizante: que tiene precio (lo precioso) se vuelve valioso (preñado de valor) y ambos –precioso y valioso– llegan a identificarse plenamente, contradiciendo la noción fundamental de Kant.

Podríamos finalizar de modo kantiano, afirmando: a las personas se las ama y las cosas se usan.

En nuestra sociedad actual en la que valioso y precioso se confunden, la fórmula kantiana se ha invertido: amamos las cosas y usamos a las personas. El anti-humanismo, la deshumanización, en toda su plenitud.

#### Referencias:

1. Heráclito.- Sobre la naturaleza. Fragmentos 67.
2. Aristóteles.- Cosmología, Libro VII.
3. San Agustín.- Confesiones. Libro IV
4. Kant, E.- Crítica de la Razón Práctica.
5. Kierkegaard, S.- Tratado de la Desesperación.
6. Nietzsche, F.- Humano, demasiado humano.
7. Nietzsche, F.- Más allá del Bien y del Mal.
8. Scheler, M.- Ética
9. Scheler, M.- De lo eterno en el hombre
10. Heidegger, M.- carta sobre el Humanismo.
11. Heidegger, M.- Ser y Tiempo.
12. Mounier, E.- El Personalismo.
13. Blondel M.- Filosofía de la Persona.